

1491

Una historia de las Américas
antes de Colón

CHARLES C. MANN

Traducción de

**Miguel Martínez-Lage
y Federico Corriente**

Capitán Swing 

Índice

Sobre las notas al pie	07
América indígena, 1491	11
Prefacio	13

Introducción. El error de Holmberg

01. Vista aérea	21
-----------------------	----

Parte I. ¿Números caídos del cielo?

02. Por qué sobrevivió Billington	65
03. En la tierra de las cuatro regiones	119
04. Preguntas más frecuentes	177

Parte II. Huesos muy antiguos

05. Guerras del Pleistoceno	237
06. Algodón (o anchoas) y maíz (Historias de dos civilizaciones, primera parte)	297
07. Escritura, ruedas y cadenas humanas con cubos (Historias de dos civilizaciones, segunda parte)	345

Parte III. Paisaje con figuras

08. La remodelación del paisaje americano	405
09. Amazonia	461
10. La naturaleza artificial	517
11. Coda. La gran ley de la paz	539

Apéndices

A. Palabras lastradas	561
B. Hablar por medio de nudos	569
C. La excepción de la sífilis	577
D. Matemáticas de calendario	583

Agradecimientos	593
-----------------------	-----

Bibliografía	599
--------------------	-----

Sobre las notas al pie

Todo libro se construye a partir de otros, como se suele decir, y en este sentido este es ejemplar. Vale la pena pensar la lista de textos que se despliega en las notas al pie como si fueran las instrucciones de un arquitecto para proceder a la construcción de 1491. Sin embargo, esta lista es más selectiva, ya que consta solamente de las obras consultadas que han sido necesarias para aclarar un punto en particular, y no todas aquellas obras que se han empleado en la construcción del libro. Caso de ser posible, cito versiones impresas en lengua inglesa de todas las fuentes. Muchos textos se pueden encontrar también *online*, aunque las URL cambian a tal velocidad que he preferido no enumerarlos siempre que me ha sido posible.

Aunque tal vez parezca paradójico, algunas obras han tenido tal importancia en este libro que mis notas las tratan de manera muy sucinta; se hallan en todo momento en el telón de fondo, aunque rara vez se citan para aclarar una cuestión específica. En la primera parte, estas obras serían por ejemplo *Los incas*, de Terrence d'Altroy; *Changes in the Land*, de William Cronon; *El intercambio transoceánico e Imperialismo ecológico*, de Alfred W. Crosby; *La conquista de los incas*, de John Hemming; *Indians and English*, de Karen Ordahl Kupperman; *Historia del Tahuantinsuyu*, de María Rostworowski; por último, *Manitou and Providence*, de Neal Salisbury.

A medida que iba hilvanando la segunda parte, entre los libros que hicieron constante compañía al teclado se hallan los siguientes: *El mundo olmeca*, de Ignacio Bernal; *Armas, gérmenes y acero*, de Jared Diamond; *Ancient North America*, de Brian Fagan; *Prehistoria de América*, de Stuart Fiedel; una colección de ensayos editada

por Nina Jablonski con el título de *The First Americans*; el número especial del *Boletín de Arqueología PUCP*, editado por Peter Kaulicke y William Isbell; *The Tiwanaku*, de Alan Kolata, el maravilloso *Incas and Their Ancestors*, de Mike Moseley, y los escritos históricos de David Meltzer, que tengo la esperanza de editar alguna vez en forma de libro, para que quienes somos como yo no tengamos que guardarlos en montones de fotocopias.

La tercera sección a veces parece una especie de estribillo ampliado sobre el tema de los tres libros de la serie *Cultural Landscapes*, reunidos por William Denevan y escritos por Denevan con Thomas M. Whitmore y B. L. Turner II, así como William E. Doolittle. Pero también me he basado mucho en aquel número especial, de septiembre de 1992, de los *Annals of the Association of American Geographers*, que editó Karl Butzer; en los ensayos de *The Great New Wilderness Debate*, editados por J. Baird Callicott y Michael P. Nelson; en el recio libro de fuentes de Michael Coe titulado *The Maya; in Cahokia Atlas*, de Melvin Fowler; en *Ecological Indian*, de Shepard Krech; en el asombroso *Crónica de los reyes y reinas mayas*, de Simon Martin y Nikolai Grube; por último, en dos libros sobre la *terra preta* (y muchas más cosas), *Amazonian Dark Earths: Explorations in Space and Time*, editado por Bruno Glaser y William Woods, y en *Amazonian Dark Earths: Origin, Properties, Management*, editado por Johannes Lehmann *et al.* (Las citas completas se encuentran en la bibliografía).

También es cierto que un libro de esta extensión a la fuerza tiene que dejarse en el tintero algunas cosas, habida cuenta de la magnitud de la temática que abarca. Así, he hecho caso omiso de los habitantes de los extremos norte y sur de las Américas, y apenas me he ocupado de los de la costa noroeste. La decisión más dolorosa, no obstante, fue la omisión, una vez escrita, de una parte dedicada al oeste norteamericano. Mis escrúpulos remitieron gracias a la reciente aparición del libro de Colin Calloway *One Vast Winter Count*, magnífica síntesis de prácticamente todo lo que se sabe al respecto.

Prefacio

Las semillas de este libro se remontan, al menos en parte, a 1983, año en que escribí un artículo para *Science* sobre un programa de la NASA cuyo objetivo era medir los niveles de ozono en la atmósfera.

En el tiempo que dediqué a informarme acerca de ese programa, hice un vuelo con un equipo de investigación de la NASA en un avión equipado para tomar muestras y realizar análisis de la atmósfera a treinta mil pies de altura. En un momento determinado, el grupo aterrizó en Mérida, península de Yucatán. Por la razón que fuera, los científicos disponían de un día libre, y entre todos alquilamos una desvencijada furgoneta para ir a ver las ruinas mayas de Chichén Itzá. Yo no sabía absolutamente nada de la cultura mesoamericana; es posible que ni siquiera estuviera familiarizado con el término «Mesoamérica», que abarca la región comprendida entre el centro de México y Panamá, incluyendo Guatemala y Belice, así como parte de El Salvador, Honduras, Costa Rica y Nicaragua, tierra natal de los mayas, los olmecas e innumerables grupos indígenas. Momentos después de subirnos en la furgoneta, el entusiasmo se había apoderado ya de mí.

Por mi cuenta, unas veces de vacaciones, otras haciendo algún trabajo por encargo, volví después a Yucatán unas cinco o seis veces, tres de ellas en compañía de mi amigo Peter Menzel, reportero fotográfico. Por encargo de una revista alemana, Peter y yo hicimos un viaje de doce horas en coche por un camino intransitable (lleno de baches de una profundidad indescriptible y sembrado de barricadas a causa de los troncos caídos) hasta la metrópoli maya de Calakmul, por entonces todavía sin excavar. Nos

acompañó Juan de la Cruz Briceño, también maya, encargado de cuidar otra ruina de menor tamaño. Juan había dedicado veinte años de su vida a ejercer de *chiclero*, es decir, a recorrer la jungla durante semanas interminables en busca de los árboles del chicle, cuya resina gomosa, que los indios han secado y han masticado durante milenios, se convirtió en el siglo XIX en el punto de partida de la industria de la goma de mascar. Una noche, en torno a una fogata de campamento, nos estuvo hablando de las antiguas ciudades con las que había tropezado en sus recorridos por la selva, envueltas por las enredaderas y ocultas por la vegetación, y nos refirió su asombro al enterarse por algunos científicos de que aquellas ciudades las habían construido sus antepasados. Aquella noche dormimos en unas hamacas, entre lápidas talladas a mano, cuyas inscripciones no había leído nadie desde hacía más de mil años.

Mi interés por los pueblos que habitaron las Américas antes de la llegada de Colón solo comenzó a cobrar verdadero sentido y definición en el otoño de 1992. Por azar, un domingo por la tarde me encontré ante un expositor en la biblioteca universitaria de Columbia y allí vi un ejemplar del número dedicado al quinto centenario de los *Annals of the Association of American Geographers*. Tomé la revista con curiosidad, me acomodé en un sillón y me dispuse a leer un artículo de William Denevan, un geógrafo de la Universidad de Wisconsin. El artículo arrancaba con un interrogante: «¿Cómo era el Nuevo Mundo en tiempos de Colón?». Eso es, me pregunté: ¿cómo era de verdad?

¿Quiénes vivían aquí, qué se les pasó por la cabeza cuando las velas de los primeros barcos europeos asomaron por el horizonte? Terminé de leer el artículo de Denevan y pasé a otros, y no dejé de leer hasta que el bibliotecario apagó las luces para indicarme que era hora de cerrar. Yo no lo sabía entonces, pero Denevan y otros muchos colegas suyos de investigación habían dedicado toda su carrera al intento de dar respuesta a estas y otras preguntas semejantes. La imagen que han conseguido forjar es muy distinta de la que la mayoría de los americanos y los europeos tienen por segura, y aún se sabe poca cosa a este respecto fuera de los círculos de los especialistas.

Uno o dos años después de leer el artículo de Denevan, participé en una mesa redonda con motivo de la reunión anual de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia. En la sesión, titulada algo así como «Nuevas perspectivas sobre el Amazonas», participó William Balée, de la Universidad de Tulane. La charla de Balée giró en torno a las junglas «antropogénicas», es decir, junglas «creadas» por los indios siglos o milenios atrás, concepto del que yo nunca había oído hablar. Balée comentó algo que Denevan ya había tratado: son muchos los investigadores que hoy creen que sus predecesores subestimaron el total de la población de las Américas en el momento de la llegada de Colón. «Los indios eran mucho más numerosos de lo que se pensaba», afirmó Balée, «mucho más numerosos». «Caramba —me dije—, alguien tendría que poner todo esto en limpio. Se podría hacer un libro fascinante con estos datos».

Seguí a la espera de que ese libro viera la luz. La espera fue siendo cada vez más frustrante, y más aún cuando mi hijo empezó a ir al instituto y allí le enseñaron las mismas cosas que a mí, convicciones que yo sabía que estaban puestas en tela de juicio desde mucho tiempo atrás. Como parecía que nadie había acometido la escritura de ese libro, al final decidí probar suerte. Al mismo tiempo, había aumentado mi curiosidad, y deseaba saber más. El libro que ahora tiene el lector en las manos es el resultado de ese deseo.

Pero quizá convenga aclarar lo que no es este libro. De entrada, no pretendo proponer una relación sistemática y cronológica del desarrollo cultural y social del hemisferio occidental antes de 1492. Semejante ensayo, de una gran ambición espacial y cronológica, sería imposible de redactar, pues cuando el autor llegase al final del lapso previsto, se habrían realizado nuevos hallazgos, y el comienzo de su empresa estaría ya anticuado. Entre las personas que me aseguraron que así sería, figuran los propios investigadores que han dedicado buena parte de las últimas décadas a luchar contra la pasmosa diversidad de las sociedades precolombinas.

Tampoco es una historia intelectual de los recientes cambios de perspectiva entre los antropólogos, ecólogos, geógrafos e historiadores que estudian las primitivas poblaciones del continente americano. Eso también resultaría una pretensión vana, pues las

ramificaciones de las nuevas ideas todavía se extienden en múltiples direcciones, de modo que es sumamente difícil que un solo autor las contenga en una única obra.

En cambio, con este libro sí pretendo explorar lo que considero los tres ejes principales de los nuevos hallazgos: la demografía de los indios (primera parte), los orígenes de los indios (segunda parte) y la ecología de los indios (tercera parte). Por ser tantas las sociedades que ilustran cada uno de estos apartados, no podía ni de lejos aspirar a ser exhaustivo. Por el contrario, he escogido mis ejemplos entre aquellas culturas que están mejor documentadas, o que han recibido mayor atención, o que me resultaban a mí, como a otros, más sugerentes.

A lo largo del libro, como el lector ya se habrá dado cuenta, empleo el término «indio» para hacer referencia a los primeros pobladores de las Américas. Sin ningún género de dudas, «indio» es un término que propicia la confusión y que históricamente resulta poco apropiado. Es probable que la designación más exacta de los habitantes originarios de las Américas sea el término «americanos». Utilizarlo, en cambio, sería arriesgarse a crear confusiones mucho peores. En este libro trato de referirme a cada pueblo mediante el nombre que se daban ellos a sí mismos. La inmensa mayoría de los pueblos indígenas que he encontrado tanto en el norte como en el sur de América se describen como indios. (Para mayor abundancia en la nomenclatura, véase el apéndice A, «Palabras lastradas»).

A mediados de la década de 1980 viajé a la localidad de Hazelton, en el tramo más alto del río Skeena, en la Columbia Británica. Muchos de sus habitantes pertenecen a la nación gitksan (o gitxsan). En la época en que les hice aquella visita, los gitksanes acababan de entablar un pleito contra los Gobiernos tanto de la Columbia Británica como de Canadá. Deseaban que tanto el Gobierno autónomo como el Gobierno de la nación reconocieran que los gitksanes habían sido habitantes de aquellas tierras desde hacía muchísimo tiempo, que nunca habían emigrado de aquellas tierras, que nunca habían accedido a entregárselas a nadie y que, por tanto, habían conservado su derecho legal a ser dueños de unas once mil millas